

Coquetería animal

Rafael Aragón Dueñas

Los marranos comen caca, cuidate de los marranos cuando vayas al hoyo. Los marranos son cochinos, son como los hombres, les gusta vivir en la mierda.
«Puercos», David Castañeda Álvarez

Franz duró un mes trabajando en los campos, en los matorrales y en los bosques de todas las comunidades del estado de Zacatecas. Durante ese lapso la gente le brindó hospedaje y comida. El alimento diario consistía en frijoles, bolillo y chile rojo; como no lo molían bien, siempre sentía en la boca los pedazos de chile que escupía a cada rato cuando terminaba de comer. Era tal la melancolía que sentía Franz por estar ausente de casa que extrañaba demasiado a Sabrina. Él y su esposa se amaban tanto y siempre tenían sexo descarriado a distintas horas del día. Abstraído por ella no se había percatado que finalizó la jornada de trabajo del mes. Satisfecho por la paga atravesó arbustos con espinas, lugares pantanosos sintiendo los vientos invernales.

Llegó a un arroyo donde contempló el agua que corría, decidió bajarse el pantalón y ponerse en cuclillas. Recibió los vientos helados del clima, cuando de pronto, sintió un vaho caliente en la línea que divide sus nalgas. Giró la cabeza para ver qué era, pero solo era un cerdo; uno muy grande y demasiado gordo con una gran trompa que seguía resoplando en el trasero de Franz. Él sintió curiosidad de su presencia e hizo el esfuerzo y descargó a chorro donde unas gotitas salpicaron el ojo izquierdo del animal.

El cerdo lamía las piedras y el suelo sin dejar un rastro de la materia mientras Franz seguía evacuando como un géiser. El puerco abría el hocico para recibir más y lo paladeaba sintiendo el sabor a chile picoso; después, el chorro fue reemplazado por pedazos duros que el cochino masticaba con placer. Pasaron unos segundos y Franz concluyó el proceso seguido por un fuerte ardor en el recto. Sacó un rollo de su mochila, cortó unas tiras, las dobló y se limpió. Arrojó el papel higiénico usado, el cerdo lo masticó como si fuera chicle.

Franz se subió el pantalón. Antes de irse observó al porcino que le guiñaba en forma de agradecimiento. El cerdo saciaba su hambre con un gran banquete: comía entre chasquidos, volteaba a ver al humano, no paraba de guiñar, lo seducía con su sonrisa y volvía a comer.

Transcurrieron varias horas desde el encuentro que tuvo Franz con el cochino y por ello agotó todas sus reservas de energía. A lo lejos divisó a un hombre montado a caballo y se acercó a él.

—Oiga, señor, buenas tardes. Disculpe, ¿a dónde va?

—Voy para el pueblo que está por debajo del cerro.

—¿No me podría llevar para allá? —Franz mostró una gran sonrisa—.

—Sí, cómo no, súbase —dijo el hombre—.

Franz volvió a casa en la noche y Sabrina, su esposa, lo recibió con un fuerte abrazo plantándole un beso en la boca.

—¡Cómo te extrañé! Un mes sin estar a tu lado. Oye, ¿cómo te fue? —preguntó Sabrina—.

—Me fue bien, tuve mis problemas y quedé aburrido por la comida. Lo bueno que estoy aquí para dormir juntos.

—¡Qué bueno! —Sabrina olfateó a Franz—. Será mejor que te des un baño para que pases un buen rato conmigo.

—Eso haré, ya no aguanto las ganas de estar contigo.

El marido fue a la habitación a desnudarse y se dirigió a bañar. Conforme el agua caía de la regadera, él se enjabonó por completo pasándose una mano entre sus nalgas y sintió un líquido que escurría entre la línea divisoria de su trasero. Él, extrañado, percibió como aquel líquido asqueroso se adhería entre sus dedos. Asustado se removió la repugnancia con abundante agua, la asquerosidad dejó de emanar. Franz, un poco pensativo y aliviado, salió de la regadera con una toalla puesta en su cintura, dirigiéndose a la recámara donde lo esperaba Sabrina en la cama.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Sabrina a su marido y abierta de piernas le mostraba el Monte de Venus—.

—¿Que si me gusta, amor? ¡Me fascina! Esto también te va a gustar. Mira —Franz se quitó la toalla mostrándole su miembro viril que se enderezó como una flecha al contemplar el blanco que iba a ensartar—. ¿Qué te parece?

—Sabroso —Sabrina contestó mordiéndose el labio inferior—.

Franz, como un clavadista, se lanzó hacia ella penetrándola con fiereza. Sabrina gemía y gritaba de placer por los empujones que recibía. Franz flechaba tan fuerte y de pronto se quedó dormido arriba de ella.

—¿Qué tienes? —la mujer le rasguñó la espalda, pero él no reaccionó—. ¡Despierta, carajo! ¡Me apachurras! ¡Levántate! ¡Despierta, carajo!

Él no respondía a ello, roncaba como un lirón y ella lo empujó hacia arriba para poder salir. La mujer seguía excitada y observó a su marido que aún estaba erecto, así que decidió sentarse arriba de él y, agarrando la flecha, la acomodó en el blanco. Franz dormía muy profundo y Sabrina realizaba unos movimientos ásperos para llegar al punto culminante.

A la mañana siguiente se encontraba el matrimonio desayunando huevos estrellados, tocino, pan tostado y café. Franz remojaba el pan tostado en la yema del huevo, se lo pasaba entre sus labios devorándolo de un solo bocado. La yema escurría de su barbilla y se la removía con la palma de su mano lamiendo lo sobrante. Sabrina sorbía su taza con café observando con repugnancia a su marido.

—¿Qué pasó? —preguntó ella—. Ayer te dormiste y tuve que terminar el trabajo yo sola.

—No sé —él sorbió con asquerosidad el café—. Estaba muy cansado, tenía mucho sueño y tuve que dormirme. ¿Te parece que hoy lo volvemos a intentar?

Sabrina asintió mientras se levantaba de la mesa y antes de irse, dijo:

—Que no se repita lo de ayer.

Franz se quedó solo en la sala comedor, ella no terminó de desayunar y este, como un animal hambriento, devoró las sobras del plato.

En la noche estaba Sabrina masturbándose en la cama esperando a su esposo. Mientras él se echaba agua al rostro en el baño, de pronto surgió una fuerte picazón en el ano, se palpó y sintió un grano que empezaba a brotar. Tuvo preocupación, pero no le tomó importancia, se rascó muy fuerte y, aliviado, regresó a la habitación. Franz, al volver, vio a su esposa inclinada, que parecía un número ocho hurgando la flor tocándose los gruesos pétalos. Él se posicionó, lubricó e introdujo la dura estaca en el pequeño y apretado orificio. Franz gemía como un animal, nalgueaba y rasguñaba muy fuerte a Sabrina mientras chillaba de placer. Él empujaba demasiado la estaca con fiereza y de pronto dejó

escapar un largo suspiro, quedándose dormido arriba de ella.

—¡Ay, no! —suspiró ella—. ¡No de nuevo!

Sabrina empujó el trasero hacia arriba levantando el cuerpo de Franz para poder salir y despedirse. Ella contempló la erección de su esposo que empezó a desvanecerse poco a poco hasta quedar solo la flacidez. La mujer se dirigió al baño, se sentó en el inodoro, orinó y defecó un chorro de semen.

Han transcurrido dos semanas desde la llegada de Franz a la casa y durante ese tiempo Sabrina desconoció por completo a su esposo por la actitud reciente de quedarse dormido mientras tenían relaciones sexuales. Todos los días lo observó que devoraba las tres comidas del día con un apetito insaciable y todas las noches sintió la gran erección que emergía de su pijama. Ella palpó la frente de su marido para comprobar si no tenía fiebre. Solo le incomodaba la gran erección, decidió bajarle el pijama y masturbarlo muy fuerte mientras ella conciliaba el sueño.

A la noche siguiente se encontraba Franz en el baño y con sus dedos examinaba su área anal sintiendo un dolor punzante por el gran bubón que empezaba a crecer del tamaño de un caico mundalote. Él lloraba gimiendo por el lacerante dolor que se transmitía por todo su cuerpo, sudó a chorros y en un intento para comprobar que se encontraba bien se vio en el espejo, pero no resultó lo que esperaba. Los ojos se tornaron rojos, su respiración cada vez fue más áspera, su aliento empezó a oler a excremento y su cabello se volvió sedoso. En las dos semanas que transcurrieron desde su llegada, recordó durante este lapso que a pesar de que tuvo un gran apetito voraz, también se tragó los desperdicios de comida, el papel higiénico usado del cesto de basura y cualquier cochinada que encontrara a su paso. Franz tuvo mucha pena en decirle a su esposa acerca del bubón y decidió irse a la cama donde ella estaba durmiendo muy profundo. Dejó un charco de sudor a su paso, la cama se empapó por completo y la respiración de Franz se tornó más áspera. Sabrina, que dormía, sintió lo mojado de las sábanas y despertó muy alarmada:

—¿Qué tienes? —ella preguntó muy asombrada mientras se tallaba los párpados—.

—No te diré —respondió él, evadiendo su pregunta—.

—¡Dime, por favor! —insistió ella—.

—Está bien, no sé qué tengo, algo me salió en el ano. ¿Me podrías revisar qué es?

—Mmmh... está bien. A ver, desnúdate e inclínate —ordenó la mujer mientras prendió la luz—.

La habitación se iluminó y él hizo lo que su esposa dijo.

—¡Ay no! —dijo al tiempo que dejó escapar un grito—. Te salió una gran espinilla, espera... no..., más bien es un bubón que está a punto de reventar.

—¿En serio? A ver, revientalo.

Sabrina, con sus delicadas manos, trató de exprimir la protuberancia y el dolor se adueñó de Franz que gritaba mientras ella trataba de hacer su trabajo.

—No puedo tronarla, está muy dura.

—No importa, solo esfuérate.

Ella reanudó su labor en exprimir el bubón utilizando todas sus fuerzas con ambas manos y por fin, seguido de un sonido extraño, reventó la asquerosa protuberancia haciendo brotar un líquido pegajoso amarillento mezclado con sangre que salió disparado y entró en la boca de Sabrina. De inmediato ella se cayó bruscamente de la cama asfixiándose por completo: la sangre brotó a chorros de la nariz y de los ojos ocasionándole una serie de convulsiones. Franz se sintió mareado por la pérdida de sangre que emanaba de la herida. Él, en un intento desesperado, se empezó a arrancar la piel de los brazos y percibió en su carne que había estados larvarios incrustados en su tejido. De pronto empezó a expulsar materia fecal en forma líquida pastosa. Sabrina dejó de convulsionar y su respiración se detuvo. Él seguía defecando y lloró un torrente al haber presenciado el sufrimiento de su amada. La evacuación empezó a disminuir hasta formarse una consistencia espesa combinada con pus y sangre, dándola por concluida con una sonora ventosidad. Finalmente dejó escapar un largo suspiro, quedándose dormido en un charco.

En el mundo onírico, Franz estaba en la sala comedor cenando potaje y disfrutando demasiado de su exquisito sabor. De pronto escuchó unos gemi-

dos, giró la cabeza para ver qué era: solo era Sabrina con el rostro sangrante, desnuda y en cuclillas que orinaba sangre; luego expulsó cuatro bolas blancas del tamaño de una naranja que salieron con tremenda fuerza. Las bolas empezaron a moverse y a golpearse unas hacia otras ocasionado una sinfonía aletargadora que a Franz le provocó un gran sueño y quedó dormido en su propio potaje.

A la mañana siguiente se despertó Franz de su lecho creyendo que solo había tenido una pesadilla, se sintió feliz de su gran cuerpo porcino que lo reluciría ante la sociedad, lamió sus pezuñas, percibió pedazos de piel y de carne humana flotando en el charco de suciedad formado en la cama y con hambre voraz decidió comérselos. Franz escuchó unos chasquidos, echó una ojeada a su alrededor donde encontró a Sabrina que yacía en el piso: su rostro era devorado por tres lechones y su abdomen era extraído a mordidas por una gran cerda trompuda y talachona. Aún con hambre, Franz decidió unírseles al banquete. Mientras tanto, en una esquina de la habitación estaba el gran cerdo gordo, que con su gran trompa no paraba de reír y de guiñar el ojo izquierdo.